

*Hora de Construir la Confianza***¿Comicios Transparentes?**

- ★ Primero Credibilidad, Luego Civilidad
- ★ Sin Democracia no hay Modernidad
- ★ Debe Concretar CSG su Propuesta

LORENZO MEYER

Sin la democracia política, la modernización neoliberal —Tratado de Libre Comercio, privatización, mercado, etc.—, no será tal. México seguirá siendo un país premoderno, a merced de un presidencialismo sin límites y alejado del estado de derecho.

En su teoría de la democracia, Giovanni Sartori señala que sin la democracia política, los otros tipos más valiosos de democracia —social, primaria, industrial o económica— no pueden realmente florecer. La democracia política es la condición necesaria para que todas las demás se desarrollen (*The Theory of Democracy Revisited*, V. I., Chatam House, Pág. 11).

La democracia política es la macrodemocracia; las otras, las que se

SIGUE EN LA PAGINA TREINTA Y DOS

**Sigue de la primera plana**

centran en los grupos primarios o en los centros de trabajo, son **microdemocracias** y sólo están garantizadas si la primera existe. La democracia política, dice Sartori, es el sistema maestro, sin ella, la democracia social —igualdad de estatus— carece de valor, la económica no es distinta de la igualdad entre los esclavos y la industrial no tendrá autenticidad.

En el México de hoy no existe la democracia política ni ninguna otra. Pero resulta que en el mundo de la posguerra fría, sin democracia, no hay auténtica modernidad. Y no hay democracia política porque,

entre otras cosas, no hay elecciones reales. "Nadie cree hoy en México que las elecciones sean confiables" (*La Jornada*, 6 de noviembre). Esta afirmación hecha por José Agustín Pinchetti, abogado, analista político, y uno de los firmantes del documento **20 compromisos por la democracia**, es una verdad tan grande como una catedral, y es, en realidad la razón que está detrás del llamado "pacto de civilidad" que el Presidente Salinas propuso a la ciudadanía el 1º de noviembre.

Lo propuesto por el Presidente es, en realidad, menos un "pacto de civilidad" y más un "pacto de credi-

bilidad". La pretensión presidencial es que florezca en nuestro medio una flor muy exótica, que nunca se ha visto en estas tierras: un proceso electoral realmente competido y, a la vez, claro, transparente y ejemplar.

Y antes de seguir adelante, conviene subrayar lo de competido. Enrique Krauze sostiene que en México hay, al menos, un antecedente de democracia política y un principio de tradición disponible para enfrentar con éxito al siglo XXI: la elección de Madero en 1911, que fue la más "unánime y limpia de la historia mexicana" (*La Jornada*, 7 de noviembre).

En este campo, Krauze peca de optimista. Es verdad que el resultado electoral fue unánime, pero lo fue en exceso, pues oficialmente Madero logró ni más ni menos que 99.26% del voto, pero esa misma cifra muestra que la de 1911 fue una elección sin competencia —Bernardo Reyes se retiró antes de la elección, y el pobre de Francisco León de la Barra simplemente no hizo campaña—, y una elección de esa naturaleza es una elección sin opción, es decir, una donde no hay realmente de dónde elegir, es un plebiscito. Y en cuanto a lo de limpias, pues ciertas investigaciones históricas hechas a ni-

vel local, como por ejemplo en Puebla, muestran que en 1911 las facciones maderistas entraron en un conflicto abierto entre ellas mismas y con los antimaderistas por las diputaciones, y los contendientes, los maderistas incluidos, echaron mano de la vieja cultura de la manipulación de los procedimientos y resultados. Y no podía ser de otra manera, la cultura democrática no nace, se hace y eso toma tiempo. Finalmente, el maderismo no tuvo tiempo de iniciar una tradición propia.

Es claro que las elecciones nacionales de 1994 van a ser competidas, y que la

falta de acuerdo y confianza en los procedimientos, hace temer por su resultado. La falta de confianza de los gobernados en sus gobernantes no es, desde luego, sólo problema de México. En efecto, en prácticamente todo el mundo, incluidos Estados Unidos y los países desarrollados, hay una profunda desconfianza de una buena parte de la sociedad frente al gobierno —tanto de los líderes como de su aparato burocrático— y los partidos políticos. Ahora bien, lo peculiar de México es el grado de desconfianza, que es muy alto. El monopolio del poder por un solo partido ha producido una clase gobernante poco acostumbrada a dar cuenta de sus actos, prepotente, no particularmente eficiente, y frecuentemente corrupta. Por eso no se le tiene confianza.

Civilidad —el término empleado por el Presidente en su convocatoria—, es sinónimo de sociabilidad, es decir, de convivencia armónica y fructífera entre los miembros de una sociedad. Para que una sociedad cualquiera pueda aspirar a este envidiable estadio de relaciones internas, son necesarios varios requisitos, entre ellos, y de manera destacada, confianza plena en la imparcialidad y efectividad de las reglas que regulan la relación entre los ciudadanos y, sobre todo, entre éstos y la autoridad. En México esa confianza aún está por crearse debido al golfo que cotidianamente se observa entre lo que la ley dice y lo que realmente ocurre, entre el ideal constitucional y la realidad autoritaria.

Para que las elecciones nacionales del año que vienen se den en el ambiente de civilidad que el Jefe del Poder Ejecutivo dijo desear, y que la inmensa mayoría de los mexicanos efectivamente desea, sería necesario que para agosto de 1994 el grueso de los ciudadanos, en particular los militantes y simpatizantes de la oposición, tuvieran la firme esperanza que el go-

bierno y su partido, el PRI: a) actúan de buena fe y con apego no sólo a la letra sino al espíritu de la ley, y por tanto, que: b) no se desviaron recursos públicos para apoyar a los candidatos del partido que ha monopolizado el poder durante los últimos 64 años, c) los medios masivos de información no están ya sometidos a la voluntad y manipulación del gobierno ni de ningún interés ilegítimo, d) los responsables del proceso electoral, pese a haber salido de las filas del partido del Estado, se comportan no de manera partidista sino como auténticos servidores públicos, neutrales y sin preferencias, e) seguridad en que las listas electorales reflejan la realidad, f) que en el conteo, cada voto se toma en cuenta... y sólo una vez.

Hasta este momento Ortiz Pinchetti sigue teniendo razón: las condiciones actuales son exactamente las opuestas a las descritas en el párrafo anterior, y por tanto nadie medianamente informado y en sus cabales, puede tener confianza en el proceso electoral que se avecina. Así pues, hoy por hoy, simplemente no existen los requisitos mínimos indispensables para lograr un pacto efectivo de civilidad ni algo que se le asemeje. Hay que crearlas. Para ello, el gobierno debería de actuar rápido y de manera radical, dramática, pues las dos reformas a la ley electoral de este sexenio no han logrado ganarles la partida a la incredulidad.

Desafortunadamente, aún en el mejor de los casos, despertar y afianzar la confianza del ciudadano mexicano en sus instituciones, en particular en las electorales, es una labor de largo plazo, pues por más de siglo y medio las elecciones en México han sido fraudulentas o carentes de contenido. Las prácticas autoritarias del "liberalismo real" del siglo XIX, al igual que las de los gobiernos revolucionarios, posrevolucionarios y neoliberales del siglo XX, han dado lugar al arraigamiento de

un verdadera cultura cívica del fraude y de la desconfianza, y así lo muestran las encuestas y estudios sobre el tema. De todas formas, hay que empezar alguna vez a construir la confianza, y 1994 es un buen momento para ello.

En estas condiciones, sólo acciones concretas, dramáticas, en el espíritu de las sugeridas por los autores del documento **20 compromisos por la democracia**, pueden empezar a desbrozar el campo para que en el futuro ya no sea necesario ningún llamado a la "civilidad" porque ésta será parte integral de nuestra auténtica modernidad.

La innegable fortaleza del salinismo no es tanto el apoyo popular, sino lo efectivo de la alianza que se construyó en 1988-1990 entre la presidencia y las élites, basada en el miedo al cardenismo. La alianza tuvo éxito, y en lo que va del sexenio, han marchado juntos el PRI, la gran burocracia, la gran empresa, el PAN, la jerarquía católica, el capital externo y los responsables de la política mexicana en Washington y en otras capitales de países industriales. Pero si bien el cemento de esta alianza fraguó rápido, la verdad es que no está hecho para resistir con efectividad la prueba del tiempo. Al gran empresario mexicano lo mismo que a la transnacional, al banquero o al gobernante extranjero, les debe interesar consolidar la modernización de la economía mexicana con la modernización política, pues sin esta última la primera no tendrá solidez.

Los intereses particulares del capital, de las corporaciones, sólo estarán realmente protegidos cuando lo estén también los de la clase media y los trabajadores, es decir, cuando se logre poner a la ley por encima de la voluntad todopoderosa del presidente y del presidencialismo sin límites. El imperio del Estado de derecho y no un "tapado" neoliberal, es lo único que realmente impedirá en el futuro sorpresas a la Luis Echeverría. El grado de desarrollo material de México, sus com-

promisos internacionales y la cuantía de los intereses creados, para no hablar de la dignidad de sus ciudadanos o de otros elementos éticos, demandan que ésta ya no sea la "hora del tapado", sino la hora de un sistema de lucha abierta entre precandidatos con programas y base social propios, y entre partidos políticos reales y no meros apéndices gubernamentales.

Sartori, con una visión histórica y global del desarrollo político, tiene razón: sin democracia política ninguna de las otras puede existir, y sin democracia la modernidad no habrá llegado aún a México. Defender la continuación del autoritarismo, del monopolio priista, como la mejor manera de consolidar el neoliberalismo y la apertura económica, es una visión miope. Posponer el tiempo de las elecciones competitivas y creíbles en México, es comprar tiempo a costa de aumentar el riesgo de que la transición mexicana del autoritarismo a la inédita democracia termine en lo opuesto a la pretendida "civilidad".

La sociedad mexicana, pues, está en espera de que Carlos Salinas concrete su propuesta para tener elecciones transparentes y ejemplares; debe darse prisa pues ya no queda mucho tiempo. De no hacerlo, más hubiera valido que su informe al Congreso hubiera concretado a la no complacencia que lo caracterizó en lo económico y social. Recordemos que despertar expectativas de modernización política para luego defraudarlas, fue una de las razones que llevó en 1910 al desastre a los liberales autoritarios. Repetir el error a fin del siglo, sería imperdonable.